

Las elecciones del 20 de diciembre: tendencias, sorpresas, frustraciones y expectativas



José Félix Tezanos
Director de *Temas*

Los resultados de las elecciones del 20 de diciembre marcan el inicio de una nueva etapa en la historia de la democracia española. Después de un período de bastante estabilidad institucional y de funcionamiento eficaz de las alternancias de gobierno, sustentadas en mayorías electorales reales, el ciclo que ahora comienza va a estar caracterizado –plausiblemente– por mayores debilidades e inestabilidades.

En poco tiempo hemos pasado de ser un país en el que existían dos grandes partidos con capacidad para ofrecer alternativas viables de gobierno, a ser un sistema multipartidista en el que cuatro partidos se disputan –y reparten– el grueso de los escaños, sin que ninguno de ellos llegue a superar el 28% de los apoyos en las urnas, ni el 35% de los escaños. Algo a todas luces insuficiente para gobernar con un mínimo de estabilidad.

Un Parlamento fragmentado

La nueva distribución de las representaciones implica que la formación de cualquier gobierno va a requerir de negociaciones, pactos y acuerdos, al menos entre dos o tres fuerzas políticas de las cuatro principales. Incluso con riesgo de que se dilate o se haga imposible, la constitución del Gobierno más allá de las fechas a las que estábamos acostumbrados en España. Sobre todo si no hay base para unos acuerdos claros y factibles, con renunciaciones explícitas de unos y otros.

Cuando la representación parlamentaria se encuentra tan fragmentada no se puede argüir que debe

gobernar automáticamente el partido político más votado –sin más– a no ser, claro está, que dicho procedimiento esté legalmente prescrito, como ocurre en algunos países que incluso fijan un porcentaje mínimo de votos para que se pueda aplicar este criterio; por ejemplo, el 35% o el 40% .

En el caso de España –que es un sistema parlamentario y no presidencialista, no se olvide– dicha posibilidad no está prevista en nuestra legislación, de manera que el único requisito para formar gobierno es contar en la investidura con el respaldo de la mayoría de los parlamentarios, bien mayoría absoluta (en primera vuelta), o bien mayoría relativa (en la segunda).

Por eso, a partir de la distribución actual de escaños no hay que desechar que el Rey tenga que encargar sucesivamente a varios líderes –o al menos a más de uno– que intenten formar gobierno. Igual que ocurre en otros países que tienen una fragmentación de voto similar.

El mapa de representación actual ha sido recibido inicialmente con júbilo por aquellos que llevaban tiempo pugnando denodadamente por acabar con el anterior modelo de bipartidismo imperfecto, o incompleto. Posiblemente en pocos países es posible encontrar un ejemplo similar de una campaña tan intensa y orquestada para intentar restar credibilidad y viabilidad al modelo al que se había llegado, y al que se ha querido presentar como la principal causa de todos los males y problemas que padecíamos. Habrá que ver ahora si, una vez superado este modelo (de momento),

tales males y problemas son atajados en sus raíces causales y si, una vez desaparecidos, nos encaminamos hacia una especie de Arcadia feliz y próspera. O, más bien, si lo que se avecina es un período de mayores debilidades de las representaciones políticas, y de más prevalencia de otras instancias extra-partidarias, en un contexto general de inestabilidades gubernamentales, que, desde luego, no constituyen la mejor manera de enfrentarnos como país a los retos que tenemos por delante (secesión catalana y sus contagios, retos de la inmigración, desafíos del terrorismo islámico, dificultades económicas, tensiones sociales y laborales, etc.).

La distribución de las representaciones en el Parlamento español actual implica que la formación de cualquier gobierno estable va a requerir negociaciones, pactos y acuerdos para intentar configurar un nuevo tipo de programa que tenga respaldos mayoritarios y que sea capaz de hacer frente a los acuciantes problemas actuales.

Tiempo habrá, pues, para que algunos entiendan mejor las consecuencias de lo que han estado propagando. Y para que se arrepientan.

El resultado general, en cualquier caso, es que en un país que sociológicamente es mayoritariamente de izquierdas y que antes de las elecciones quería netamente un cambio de gobierno, al final las izquierdas aparecen fragmentadas y divididas en el Parlamento.

Sorpresas post-electorales

Los resultados del 20 de diciembre también han supuesto algunas sorpresas respecto a lo que auguraban los estudios demoscópicos divulgados por los medios de comunicación social más influyentes, demostrando que las encuestas se han convertido, ya abiertamente, en un instrumento más de la propaganda y la competencia electoral.

La principal sorpresa es que el PSOE ha tenido más apoyos que los augurados por determinados sondeos electorales que un día sí y otro también eran arrojados a la cara de Pedro Sánchez durante la campaña. Hay

que recordar que algunos anticipaban para el PSOE porcentajes de voto del 18% y el 19%, y apenas 60 escaños. Con un 22% de los votos y noventa escaños, el PSOE ha obtenido unos resultados que ciertamente no son buenos, pero que han superado apreciablemente los pronósticos sociológicos de diseño, que pretendían situarle como tercera o cuarta fuerza política.



Igualmente, los nuevos partidos se han quedado alejados de las previsiones –interesadas– que les pretendían presentar como los principales ganadores de esta contienda. Sobre todo, *Podemos*, que con un 12,7% de los votos netos, apenas ha superado los mejores registros históricos de Santiago Carrillo y de Julio Anguita, demostrando que las viejas estrategias heredadas de los tiempos del Komintern y de la Kominform, de tratar a la socialdemocracia como el “enemigo principal”, solo conducen a lo que de hecho han conducido en España. Es decir, a dividir el voto de la izquierda, a fragilizar a la socialdemocracia y a abrir mayores potencialidades electorales a la derecha.

Aún así, si a estos votos se suman los de sus fuerzas asociadas (que ya preexistían) en Valencia, Galicia y Cataluña, el “bloque” construido en torno a Podemos se sitúa en un 20,7%. – Algo apreciable, pero bastante

alejado de las posibilidades de ser considerado como una alternativa de Gobierno.

Por su parte el fiasco de Ciudadanos, que se ha quedado con un modesto 13,9% y 40 escaños, ha sido muy notable, frustrando las expectativas de aquellas encuestas que también pretendían presentar a Albert Rivera como una alternativa de Gobierno.

En su conjunto, el hecho de que los dos grandes partidos españoles (el PSOE y el PP) hayan obtenido el 50,7% de los votos revela que el modelo de bipartidismo que hasta ahora ha funcionado en España ha quedado tocado, pero no está herido de muerte. Y todo dependerá de lo que ocurra a partir de ahora para saber si hay que prepararse para firmar su certificado de defunción.

Para gobernar con coherencia y con apoyos mayoritarios reales en la España actual habrá que ser capaces de sumar y de poner en común propuestas programáticas que permitan conformar alternativas viables con sentido.

De momento, lo que puede preverse es cómo van a actuar los que están empeñados en dinamitar dicho modelo. Lo primero que vamos a ver, muy verosímelmente, serán los intentos de trasladar al plano organizativo interno los costes de los fiascos electorales. Es decir, se procurará cambiar a unos líderes por otros y se alentarán – y amplificarán – todas las disidencias internas en estos partidos, sean reales o imaginarias, mientras se intentarán tapar todas las vergüenzas y los palmarios déficits democráticos internos de las “fuerzas emergentes”.

Desde luego, el éxito de estos empeños va a depender de hasta qué punto se logre encontrar en el interior de los dos partidos principales a los Caínes y Brutos de turno.

Mirando al futuro

Uno de los principales retos que se plantea después del 20 de diciembre es ¿qué proyecto de gobierno se va a poder llevar a cabo en España?

En la medida que ningún partido político ha tenido suficiente respaldo en las urnas es evidente que el

proyecto de gobierno –necesariamente de aspiración mayoritaria – que habrá que articular va a requerir la suma de diversos esfuerzos, propuestas y objetivos, con diferentes orígenes. Es decir, para gobernar con coherencia y con apoyos mayoritarios reales habrá que ser capaces de sumar y de poner en común propuestas programáticas que permitan conformar alternativas viables y con sentido. Este es, precisamente, uno de los principales retos de los gobiernos de coalición. Algo sobre lo que en España no tenemos experiencia en el terreno complejo –y con muchas implicaciones– de la esfera nacional.

De hecho, en algunos países en los que se ha caminado por la senda de gobiernos de coalición, las negociaciones y debates previos realizados en el interior de los partidos implicados se han prolongado durante meses, con deliberaciones muy intensas y concretas; y no siempre se han resuelto de manera plenamente satisfactoria para todos.

Tales debates y acuerdos requieren un gran sentido de Estado, alta capacidad de empatía, y una paciente disposición a escuchar, dialogar, ceder y llegar a transacciones mutuas en aras del interés general. Algo que se hizo en España durante el ciclo de la Transición Democrática; y con buenos resultados prácticos. Pero, ese espíritu se había abandonado casi por completo, en medio de la cruzada arrolladora –y sin cuartel– emprendida contra el “bipartidismo” y sus supuestos males; como se ha visto con claridad durante la última campaña electoral.

Pues bien, a partir de los resultados obtenidos en las urnas, ahora lo que habrá que hacer, precisamente, es empezar a rebobinar, y demostrar la capacidad y la altura de miras política que son necesarias para entender que en momentos de incertidumbre y complejidad como los actuales, hay que ser capaces de poner en pie un proyecto de progreso que priorice lo que resulta importante para tanta gente, como es la lucha contra el paro, la precariedad, las desigualdades, la pobreza y los riesgos de exclusión social conectados al estancamiento económico y la bipolarización. Sobre esas bases, como en su momento lograron los impulsores del consenso keynesiano, habrá que intentar fraguar las bases de un entendimiento inteligente y audaz que nos permita salir de los embrollos y los riesgos en los que nos estamos metiendo. Desde luego, es mucho lo que todos podemos perder o ganar en este empeño. Por eso necesitamos líderes con sentido de Estado. **TEMAS**